

LA TORRECITA EN EL BOSQUE NEGRO



10
CTVS.

COLECCION MARUJITA

Nº 7

La TORRECITA en el

BOSQUE NEGRO

importaba eso, y continuó cantando alegremente, procurando hacer su trabajo lo mejor posible.

Pero María Juana no podía soportar que María Ana fuese feliz. Odiaba las alegres canciones de su hermanastra. Así, un día, cuando María Ana hacía compota de grosella, la hermanastra entró en la cocina y volcó el caldero, con objeto de que, al derramarse en el suelo, quedase estropeada la confitura. Nadie la vió mientras hacía aquello y se apresuró a salir rápidamente de la cocina.

Cuando llegó la madrastra, con objeto de averiguar qué ruido fué aquel, halló a la pobre María Ana llorando amargamente al ver estropeada su compota y además todo el suelo de la cocina y los fogones sucios.

—¿Has volcado esa cacerola, descuidada?—exclamó la madrastra.

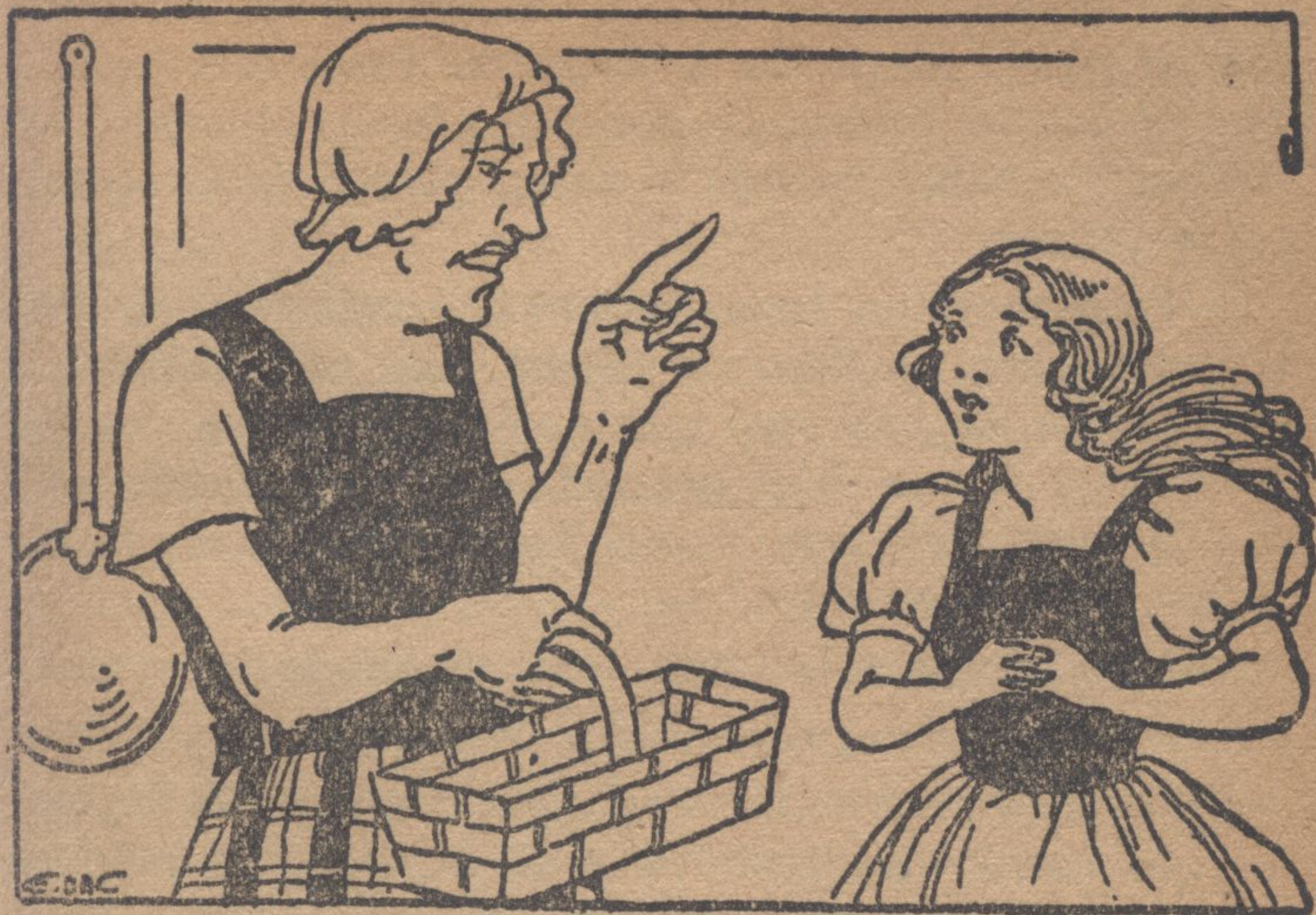
Y, sin esperar la respuesta, dió un buen tirón de orejas a la pobre María Ana.

—¡No he sido yo!—sollozó la pobrecilla.—Con toda seguridad ha sido la mal intencionada María Juana, con objeto de darme un disgusto.

—¿Cómo te atreves a hacer esas malvadas suposiciones?—gritó la madrastra, más enojada que nunca y golpeando con saña a María Ana.—Eres muy mala, embustera e hipócrita.

¡Pobre María Ana! Pasó el resto de la mañana limpiando la cocina de la compota derramada y luego aún tuvo que quedarse sin comer, por haber tirado la confitura, a pesar de que, según ya sabemos, el daño fué causado por María Juana.

María Ana perdonó a su hermanastra y trató de mostrarse amable con ella, pero cuanto más se esforzaba, mayor era el odio de la otra. María Ana era cada día más bonita y más amable, de tal manera que la ma-



LLAMÓ A MARÍA ANA Y LE DIÓ UN CESTO

drastra acabó diciéndose que no tendría más remedio que echarla de casa, porque su verdadera hija aparecía tan fea y antipática por comparación, que todos notaban aquella diferencia.

Pero, ¿cómo la echaría? ¿Con qué excusa? Con toda seguridad el padre querría saber adónde la mandaban y si la niña no volvía. Por fin, tras mucho pensar, la madrastra tuvo una buena idea. Enviaría a María Ana al Bosque Negro, en busca de algunas fresas. Quizás no regresara, porque allí vivían los gnomos, quienes habían prohibido a los mortales posar siquiera el pie en su bosque.

Así, una mañana llamó a María Ana y le dió un cesto.

—Mira—le dijo—necesito algunas fresas para hacer un pastel destinado a tu padre. Toma este cesto y vete al Bosque Negro, en donde las fresas abundan. No vuelvas sin haber llenado el cesto, porque de lo contrario te pegaré.

—Pero, madrina (pues tal era el nombre que la niña le daba, para no llamarla madre), ya sabe usted que los gnomos no permiten que nadie entre en su bosque—contestó María Ana asustada.—Y se enojarán mucho conmigo si me sorprenden. Y aun quizá sean capaces de convertirme en rana.

—Haz lo que te mando—replicó airada la madrastra.—No te ocurrirá nada malo. Trae las fresas y cállate.

Diciendo estas palabras empujó a la niña hacia la puerta, que cerró violentamente a su espalda. La niña no sabía qué hacer. Por fin decidió ir al Bosque Negro, para ver si en las cercanías podía hallar fresas. Y echó a andar llevando el cesto vacío.

Pronto llegó al bosque, que era muy espeso y estaba obscuro. María Ana buscó fresas por el lindero, pero no pudo encontrar ninguna. En cambio, en el interior del bosque abundaban en gran manera, tanto, que podía verlas por entre los troncos de los árboles. La niña, sin embargo, no quería entrar allí sin permiso, pues sabía que los gnomos se enojarían mucho.

Anduvo a lo largo del lindero del bosque, preguntándose si vería a algún gnomo para pedirle el permiso de entrar. Pero no encontró a nadie. De pronto, al dar vuelta a una roca, vió una casita ante ella, erigida, precisamente, en el extremo del bosque. Era una vivienda muy pequeña e irregular. Su jardincito estaba cubierto de brillantes flores y en un rincón había un viejo pozo.

Cuando María Ana se dirigía a la vivienda, vió a una

anciana de aspecto bondadoso, que se encaminaba al pozo cargada con dos cubos.

—Tal vez podría preguntarle si me será permitido entrar en el bosque—pensó María Ana, llegándose a la puerta.

—Buenos días—dijo cortésmente.

—¡Qué susto me has dado!—exclamó la anciana, dejando caer al suelo los dos cubos y cayendo ella misma sentada, a causa de la impresión.—No te oí llegar.

—Le ruego que me perdone—replicó María Ana muy apurada.—Permítame que me ocupe en sacar el agua del pozo. Esos cubos deben pesar demasiado para usted.

Hizo descender los cubos, uno tras otro, los sacó llenos de agua y luego los llevó hasta la casita, evitando este esfuerzo a la agradecida anciana.

—Eres una niña muy buena—dijo.—Dime qué puedo hacer en tu obsequio.

María Ana le refirió que su madrastra la había enviado al bosque a fin de coger fresas.

—Pero tengo miedo de entrar ahí, porque si me ven los gnomos se enojarán mucho conmigo—dijo al terminar.

—Yo te ayudaré—contestó la anciana.—Toma esta aguja y este hilo, esta botella de agua y esta llavecita de oro. Mediante todo eso no correrás ningún peligro.

—¿Qué haré con todo eso?—preguntó sorprendida la niña.

—Ya lo verás cuando llegue el momento—le contestó la anciana.—No habrás de temer nada en el Bosque Negro, niña, porque tienes un rostro bondadoso y un noble corazón, y los que poseen esas cualidades siempre son bien recibidos en el Bosque. Solamente los egoístas y los malvados corren peligro si penetran en él.

María Ana dió muy expresivas gracias a la anciana y luego penetró en el Bosque. Atravesó la zanja que lo delimitaba y se vió ya entre los árboles. Entonces empezó a buscar fresas y no tardó en hallar algunas. Las recogía muy satisfecha y, de pronto, al oír un leve ruido a su espalda, se volvió.

Pudo ver a un gnomo que la contemplaba airado.

—¿Qué haces aquí?—preguntó.—Este bosque es una propiedad particular. Te voy a retener presa, a no ser que consientas en hacer algo en mi obsequio.

—¿Qué puedo hacer?—preguntó asustada María Ana.

—¿Quieres coser seis botones en mi chaqueta nueva?—preguntó el gnomo, mostrándole seis botones rojos.—El caso es que no tengo aguja—añadió.

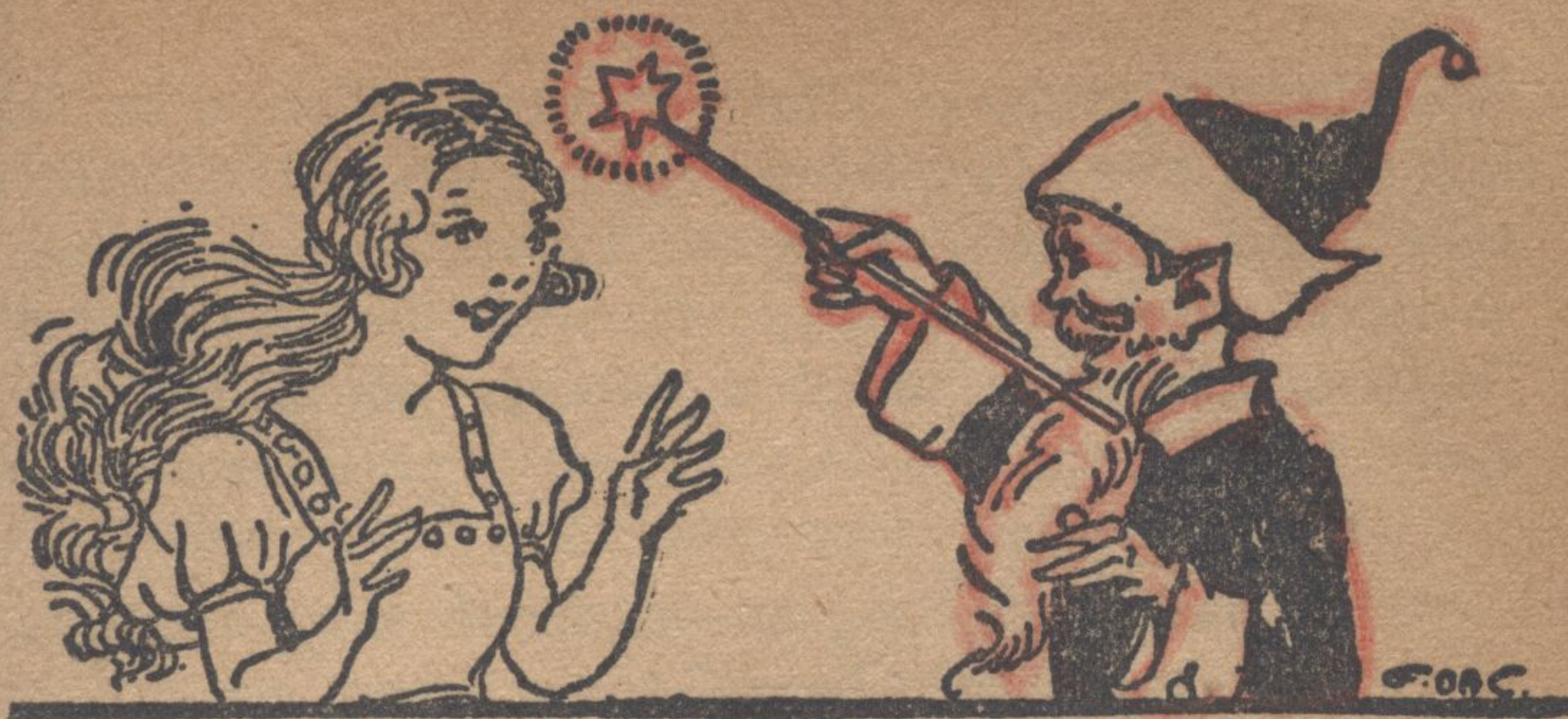
—¡Yo sí!—exclamó muy satisfecha María Ana, apresurándose a sacar la aguja y el hilo que le diera la anciana.

Luego, con la mayor rapidez y perfección, cosió los seis botones del gnomo, quien no se había movido de su sitio.

—¡Qué bien!—exclamó al fin complacido.—Espera un momento, niña. Deja que te toque con mi varita mágica.

Sacó una varita de su bolsillo y con ella tocó a la niña. En un santiamén desapareció el traje astroso de la pobrecilla, para ser reemplazado por otro de oro y plata, en cuyas costuras se veían infinitas piedras preciosas. Las medias rotas de la niña se cambiaron en otras finísimas de seda y sus zuecos en zapatitos de oro, con hebillas de brillantes. ¡Qué complacida y asombrada estaba ella!

—¡Oh, muchas gracias! — exclamó.—¡Qué traje tan hermoso.



CON UNA VARILLA TOCÓ A MARÍA ANA

—Si quieres recoger unas buenas fresas, sigue este sendero y luego tuerce hacia la derecha. Hay allí unas muy hermosas.

María Ana siguió la senda indicada y no tardó en encontrar unas fresas enormes. Había empezado a recogerlas, cuando se le presentó un encorvado y viejo brujo, que llevaba un sombrero puntiagudo y avanzaba con gran prisa. Parecía estar muy acalorado y jadeante, porque su respiración era como el resoplar de una locomotora. Al ver a María Ana se detuvo.

—¿Qué haces aquí?—preguntó enojado.—¿Ignoras que este bosque es una propiedad particular?

Parecía tan furioso, que María se asustó. De pronto recordó la botella de agua que le diera la anciana. La sacó de su bolsillo y se la tendió al brujo.

—Veo que está usted muy acalorado y tiene mucha sed—dijo.—Tome un sorbo de esta agua.

—Gracias—dijo el brujo aceptándola. Se bebió el contenido de la botella, hasta la última gota, quedando muy satisfecho.—Es el agua más sabrosa que he bebido en mi vida. Eres una buena niña, y a cambio del agua que me has dado, toma esto.

Dióle una pequeña bolsa y se alejó por entre los árboles. María Ana examinó el regalo y vió que la bolsa estaba llena de monedas de oro. La vació en la palma de la mano para contarlas y, ¡oh, maravilla!, en cuanto la bolsa quedó vacía volvió a llenarse por sí misma, de modo que María Ana encontró en su interior otras muchas monedas a su disposición.

—Es una bolsa mágica—exclamó muy excitada.— ¡Oh, ahora seré rica! ¡Tendré tanto dinero como quiera! Podré comprar regalos para todo el mundo.

Continuó cogiendo fresas y para ello iba de un lado a otro del bosque. De pronto llegó a una torrecilla y vió que en uno de sus lados había una puertecita. María Ana díjose que aquel era un lugar muy raro. No tenía más ventanas que una muy pequeña, cerca de su extremo superior. La niña se puso las manos en torno de la boca para que su voz llegase a mayor distancia y gritó:

—¿Vive alguien ahí?

En respuesta a tales palabras un muchacho feo y sucio asomó su cabeza por la ventana. Quedóse asombradísimo al ver a María Ana, que resplandecía gracias a su nuevo traje y se dijo que nunca en su vida pudo ver a una muchacha tan hermosa.

—Me han encerrado aquí—dijo con tristeza.—Atravesaba el bosque a caballo, ignorando que pertenece a los gnomos y éstos me cogieron y me encerraron en esta torre. Hace ya un mes que vivo aquí. La puerta está bien cerrada.

—Me parece que podré devolverte la libertad—exclamó María Ana muy alegre, en tanto que llevaba la mano al bolsillo, en busca de la llavecita de oro que le

La metió en la cerradura y la hizo girar. Abrióse fá-diera la anciana.

cilmente la puerta y María Ana gritó, situándose al pie de la escalera de caracol:

—¡Baja en seguida, porque ya estás libre!

El joven se apresuró a obedecer. Con toda certeza era muy feo, porque tenía la nariz dernasiado larga, un ojo azul y otro de color pardo, y el cabello escaso y enmarañado. María Ana se figuró que sería un buhonero.

—Nunca podré demostrarte bastante mi agradecimiento. Eres la niña más bondadosa que he conocido. Ignoro si podré encontrar por ahí a mi corcel para salir sin tropiezo de este bosque.

Miró a su alrededor, pero sólo consiguió descubrir a un burro flaco, que estaba comiendo unos cardos.

—Nos valdremos de él para salir de aquí. ¿Quieres acompañarme? Conozco el camino.

María Ana observó que se había extraviado, pues ignoraba qué dirección habría de tomar. Naturalmente no le era agradable montar en el burro en compañía de aquel joven tan derrotado, pero, sin embargo, se manifestó dispuesta a hacerlo, pues no quería herir sus sentimientos, diciéndole que estaba demasiado sucio. Por consiguiente, subió al burro, ante el joven y ambos emprendieron la marcha para salir del bosque.

En cuanto hubieron llegado al extremo de aquella selva, ocurrió una cosa muy rara. De pronto el asno se convirtió en un magnífico corcel negro. Continuó trotando con la mayor gracia, dejando flotar al viento sus largas crines, y la niña observó que su arnés resplandecía de oro y piedras preciosas.

María Ana estaba asombradísima. Volvióse para preguntar al buhonero si se había dado cuenta de lo que acababa de suceder, pero entonces tuvo otra sorpresa más grande todavía, porque en vez del feo, sucio y astro-

so joven, vió a un gallardo y hermoso príncipe, con el cabello rizado, unos ojos azules magníficos y una alegre sonrisa en su bien dibujada boca. Su nariz no era ya excesivamente larga y sus dientes eran iguales, menudos y muy blancos.

Vestía un jubón y una capa de satén bordado de oro, y de su cinto estaba suspendida una hermosa espada. Miró a María Ana y sonrió.

—¡Ya no soy un feo buhonero!—le dijo.—He recuperado mi verdadera figura. Has sido muy bondadosa, consintiendo en montar conmigo en el asno, cuando te figurabas que yo era feo y astroso. Tienes un buen corazón y eres muy afectuosa, así como también muy hermosa. ¿Quieres casarte conmigo y ser mi reina?

Tan feliz se sentía María Ana, que apenas tuvo presencia de ánimo para contestar en sentido afirmativo. Se enamoró en el acto de aquel gallardo y hermoso príncipe, y murmuró que se daría por dichosa si se casaba con él. Así, pues, ya de acuerdo, se encaminaron hacia la casa de María Ana.

¡Qué asombrados se quedaron su madrastra y María Juana al ver que María Ana aparecía vestida con un traje de oro, plata y piedras preciosas, e iba acompañada de un príncipe joven y guapo! No se resolvían a creer lo que veían sus ojos. La niña se apeó del caballo y les refirió cuanto le había sucedido.

—Celebraremos una boda espléndida—dijo la feliz niña.—En esta bolsa mágica tengo el dinero suficiente para comprar lo que quiera. Y cuando ya se hayan terminado las fiestas nupciales, iré a vivir con mi príncipe a un hermoso castillo. Además, madrina, aquí tiene usted sus fresas. Vea qué hermosas son las que hallé en el Bosque Negro.



—YA NO SOY UN FEO BUHONERO—DIJO.

A la mañana siguiente se celebró la boda, a la que asistieron muchas personas, tanto de las inmediaciones como desde largas distancias. Todos estaban de acuerdo en afirmar que la novia era la niña más bondadosa del reino, y cuando el príncipe salió con ella, los invitados lo vitorearon y agitaron entusiasmados las manos.

Solamente dos personas estaban tristes y enfurruñadas por la buena suerte de María Ana. Eran la madrastra y la hermanastra de la nueva princesa.

—Ahora María Ana es la dama de más elevada categoría en todo el país—observó enojada María Juana.

—Oyeme, hija—le dijo la madre.—Se me ha ocurrido un buen plan. ¿Por qué no vás, también, en busca de fresas al Bosque Negro, procurando hacer exactamente lo mismo que María Ana? Tal vez tú puedas regresar igualmente en compañía de un príncipe y una bolsa de oro.

—Muy bien—contestó María Juana.

Tomó un cesto y salió de su casa. Ante todo buscó la casita en que vivía la buena anciana de que le hablara María Ana, y gracias a los datos de ésta, no tardó en hallarla. La anciana recorría el sendero de su jardín, en dirección al pozo y María Juana entró en el recinto con tanta brusquedad que la pobre señora dió un salto de miedo y dejó caer los dos cubos.

Pero en vez de lamentar de corazón, María Juana se echó a reír a carcajadas, porque no tenía ni pizca de urbanidad.

—¡Qué ridícula estaba usted al soltar los dos cubos!—exclamó.

—Hazme el favor de llenarlos por mí—le dijo la an-



ENTREGÓ A LA NIÑA UNA AGUJA...

anciana señora.—Me has dado tal susto, que ahora no tengo fuerzas para sacar agua del pozo.

María Juana hizo descender los cubos uno tras otro y los llenó de agua. Pero los dejó con tal descuido en el suelo, que una parte del agua se derramó sobre los pies de la anciana, mojándole los zapatos y las medias. María Juana no dijo una palabra y se quedó mirando a su interlocutora.

—¿Qué quieres?—preguntó malhumorada la anciana, mientras secaba sus zapatos con un trapo.

—Deseo la aguja y el hilo, así como la botella de agua y la llave de oro—contestó María Juana.—Es decir, lo mismo que dió a mi hermana. Gracias a todo eso obtuvo un traje de oro, una bolsa inagotable y un guapo príncipe, que se casó con ella. Yo quiero alcanzar lo mismo.

La anciana se rió para sí. Metióse en su casa y, a los pocos instantes salió de nuevo llevando algunas cosas en la mano.

—Ahí está—dijo entregando a la niña una aguja y un hilo, una botella de agua y una llave de oro.

Y sin dejar de sonreír irónicamente, se metió en su casa.

María Juana estaba entusiasmada. Pronto se hallaría en posesión de las mismas cosas maravillosas que correspondieron a su hermanastra. Corriendo siguió el sendero que conducía al bosque y no tardó mucho en sorprender a su espalda al gnomo que la miraba irritado.

—¿Qué haces ahí?—preguntó.— Este bosque es de propiedad particular. Y te retendré presa, si no quieres hacer algo en mi obsequio.

—Ya sé qué necesitas—contestó María Juana, mostrando la aguja con el hilo enhebrado.—Ven aquí y te coseré los seis botones.

El gnomo se los entregó sin pronunciar palabra. La niña los cosió uno tras otro, aunque lo hizo muy mal, porque era muy poco hábil en las labores de la aguja; ya sabemos que obligaba a María Ana a que se encargase de ellas. Pinchó tres veces al gnomo, haciéndole dar un salto de dolor en cada una de estas ocasiones, de modo que el hombrecillo tenía el rostro nublado cuando ella hubo terminado la operación.

—Ahora tócame con tu varilla mágica y cambia mi traje.

El gnomo sacó, en efecto, su varilla mágica y con ella tocó a la niña; pero, ¡qué desgracia para ella! En vez de verse cubierta por un traje nuevo, de oro y plata, dióse cuenta de que su vestidito de algodón habíase transformado en otro grueso y viejo, de lana gris, con numerosos remiendos y hasta un agujero bastante grande en la falda.

María Juana se quedó trastornada a más no poder. Pero no tuvo otro remedio que resignarse a llevar aquel traje, porque el suyo propio había desaparecido. Empe-

zó a andar por el bosque llorando amargamente. Pronto sintió una sed inmensa y buscó una fuente o arroyo en que apagarla. Mas no pudo encontrar otra cosa que una zanja llena de agua fangosa, que, naturalmente, no quiso beber.

—Ya sé lo que haré—se dijo.—Me beberé el agua de la botella. La llenaré luego en esa otra fangosa, porque, sin duda alguna, el brujo no advertirá la diferencia.

Bebióse toda el agua de la botella y luego la llenó con la fangosa de la zanja. Apenas había acabado de hacerlo, cuando vió que se aproximaba el viejo y encorvado brujo.

—¿Qué haces ahí?—preguntó enojado.—¿No sabes que este bosque es una propiedad particular?

—Beba usted un poco de agua—dijo María Juana.—Al parecer está acalorado y sediento.

Y entregó al brujo la botella. El la llevó a los labios y apenas la hubo probado, se dió cuenta de que era fangosa; y muy enojado la vació en el suelo.

—Ahora deme una bolsa mágica—dijo María Juana.

El brujo sacó una bolsa de su faltriquera y la entregó a la niña. Después se marchó sin decir palabra.

María Juana se apresuró a abrir aquella bolsa, pero, ¡qué desengaño! En vez de hallarla llena de oro, la vió ocupada por multitud de tijeretas, que se apresuraron a saltar al suelo en cuanto vieron la bolsa abierta. Ella la dejó caer, horrrizada, aunque no tardó en recogerla.

—Quizás pronto se llenará de monedas de oro—pensó.—Es posible que también la de María Ana estuviese, al principio, llena de tijeretas.

Llevóse, pues, aquella bolsa. Pronto se vió al pie de la torrecilla del bosque y observó que, asomado a la ventanilla, había un buhonero feo, sucio y astroso. Tenía la

nariz muy larga, un ojo azul y otro pardo. En un santiamén, María Juana encajó la llave en el agujero de la cerradura, abrió la puerta y el joven bajó corriendo la escalera.

A corta distancia encontró a su asno y María Juana y él montaron en aquel flaco y viejo animal. Al llegar al extremo del bosque, María Juana esperaba, con el mayor interés, poder presenciar la transformación del asno en caballo magnífico, pero, con gran desilusión por su parte, vió que continuaba siendo un asno. Entonces se volvió para ver si el buhonero se había transformado a su vez en gallardo príncipe. Pero, ¡ay!, seguía siendo un feo buhonero, muy feo y astros.

—Veo que posees una bolsa mágica—dijo él.—¿Qué contiene? ¿Monedas de oro?

—Sí—contestó María Juana mintiendo.

Cuando el buhonero oyó esta afirmación, resolvió casarse con María Juana, puesto que así serían ricos. Le rogó, por consiguiente, que consintiera en ser su esposa y ella se lo prometió, figurándose, a su vez, que, antes o después, su compañero se convertiría en un apuesto príncipe. Por fin llegaron a casa de María Juana y, como se comprende, su madre se disgustó mucho al observar que su hija llevaba un vestido tan feo y que la bolsa que le había correspondido estaba llena de tijeretas. Recomendó a María Juana que guardase el secreto de la bolsa, porque, de lo contrario, quizás el buhonero no querría casarse con ella, cosa lamentable, una vez se hubiese transformado en príncipe.

María Juana, pues, no dijo una palabra acerca de la bolsa llena de tijeretas e hizo todos los preparativos para la boda. Esta había de celebrarse al día siguiente, porque el buhonero no quiso esperar. Así la fiesta nupcial se ce-



ORDENÓ A MARÍA JUANA QUE GUARDASE SECRETO

lebró sin más demora, y a pesar de que María Juana dijo a todo el mundo que, en realidad, se casaba con un príncipe y no con un buhonero, nadie la creyó. Nadie podía imaginarse que un príncipe quisiera casarse con una muchacha de tan mal carácter.

Después de la boda, los novios montaron en el burro y se alejaron. María Juana se figuró que irían a un palacio y durante varias horas vigiló atentamente el camino, deseando descubrirlo. Mas, al fin, ya fatigada, preguntó al buhonero, su marido, cuándo llegarían a su palacio.

—¿A qué palacio?—preguntó él, muy sorprendido.

—Al tuyo—replicó María Juana.—Tú eres un príncipe, ¿verdad? Pues todos los príncipes viven en palacios.

—No soy ningún príncipe—contestó el joven;—no soy más que un buhonero, como sabes muy bien, y precisamente me he casado contigo porque posees esa bolsa encantada.

—Pues tampoco la tengo—contestó María Juana echándose a llorar.

El buhonero se apoderó de la bolsa que llevaba su mujer y la abrió. Al ver que de ella salía una verdadera nube de tijeretas, la arrojó disgustado al suelo.

—Me has engañado—exclamó furioso.—Nunca me hubiese casado con una joven de tan mal carácter como tú, de haber sabido que no tenía más dinero que yo. Y ahora habrás de trabajar de firme para vivir, porque ni soy príncipe, ni dije nunca que lo era.

Empezó entonces una vida muy dura para María Juana, que había de trabajar de la mañana a la noche y ocuparse de las tareas que le ordenaba el buhonero. No pudo entregarse ya a la pereza y cuando quería resistirse o se enojaba, su marido le daba una paliza. Pronto, por consiguiente, aprendió su lección y se esforzó en sonreír y en demostrar tan buen carácter como su hermanastra María Ana.

En cuanto a ésta última, vivía muy feliz con su príncipe en el palacio. El pueblo la adoraba, porque su corazón era tan bueno como hermoso su rostro. Y un día, cuando un buhonero y su mujer llegaron a las puertas de su palacio, ella profirió un grito de sorpresa al darse cuenta de que eran su hermanastra María Juana y el buhonero con quien se había casado.

Olvidando los malos tratos de que su hermanastra la hiciera víctima, así como también su egoísmo y mal carácter, María Ana salió corriendo a su encuentro y le dió un estrecho y cariñoso abrazo. María Juana era ya muy



CORRIÓ AL ENCUENTRO DE MARÍA JUANA

humilde y en sus ojos resplandecía la bondad. Besó a María Ana y luego le hizo una profunda reverencia.

—Debes venir a vivir aquí—dijo Ana María.—A corta distancia de mi palacio hay una linda casita y os la destinaré. Tu marido será nuestro calderero remendón, y se encargará de arreglar los calderos, potes y sartenes que lo necesiten.

La princesa cumplió su palabra y, en breve, María Juana y su marido viéronse agradablemente instalados en aquella linda casita. Todo se arregló al fin, y de acuerdo con mis noticias, aun viven las dos hermanas cada una en la morada que les deparó el destino y su propio comportamiento.

EL MUÑECO DE SORPRESA

En una tienda de juguetes vivía un feo y viejo muñeco, agazapado dentro de una caja. Tenía el pelo erizado, una nariz muy grande, ojos desorbitados y una risa horrible. Le agradaba asustar a los demás juguetes y estaba siempre dispuesto a saltar contra ellos.

Durante el día le era forzoso contenerse, porque entonces veíase obligado a permanecer dentro de su caja, muy quieto, a no ser que el dueño de la tienda abriese la tapa. En tal caso surgía de un salto, produciendo un chirrido muy desagradable y todos los juguetes vecinos se estremecían de miedo.

Por las noches tenía la costumbre de abandonar su caja y de saltar por los estantes. Ocultábase tras de la casa de muñecas y saltaba luego para asustar al hada que, sin ver lo que hacía, fué a chocar contra la bomba de incendios y se rompió su lindo traje.

Otra vez, el malvado muñeco se escondió en el arca de Noé, cuando todos los animales habían salido a dar un paseo por la tienda, acompañados por el mismo señor Noé. Al regresar, la señora Noé les levantó la tapa del tejado, a fin de que los animales pudiesen entrar de nuevo, pero el malvado muñeco saltó entonces y se asustaron de tal manera, que salieron disparados en todas direcciones.

El señor Noé tuvo que pasar la noche entera buscándolos y, al fin, se vió obligado a renunciar al segundo oso, de manera que ahora falta un animal en el arca.

Los juguetes acabaron por cansarse del muñeco de resorte. Nunca sabían cuándo saltaría, ni desde dónde, ni lo que haría luego. Así, una noche, en que, por excepción, se había quedado dormido en su caja, todos los demás juguetes celebraron una reunión para tratar de él.

—¡Si, por lo menos lográsemos sacarlo de aquí!— exclamó el hada muñeca.

—¿Cómo?—preguntó el mayor de los osos de juguete.

—Tal vez el tren que tiene máquina de cuerda que-rrá llevárselo a alguna parte—sugirió el hada muñeca.

—No—contestó el tren.—Yo no haría eso. No quiero nada con ese individuo. La noche pasada saltó contra mí, me hizo descarrilar y me rompí una rueda.

—Pues ya no hay esperanza—exclamó la muñeca dando un suspiro.

—¿Y si se lo propusiéramos al autómibus o a la bomba de incendios?—preguntó el negrito.— ¿No podrían llevárselo y perderlo?

—Sí, pero en caso de que nos lo llevásemos—contestó el autómibus—, ¿cómo podríamos obligarle a bajar si él no quisiera? No se movería de su sitio, y en tal caso volvería.

Entonces habló el aeroplano, que se hallaba en lo alto de un estante.

—A mí no me importa llevármelo a dar un vuelo—dijo.—Y mientras estemos en el aire rizaré el rizo, de manera que él se caerá. Cuando ya esté en el suelo, volveré.

—¡Magnífico!—exclamaron los juguetes.—¿Cómo lo haremos?

—Mañana por la noche os invitaré a todos a dar un vuelo, por turno—dijo el aeroplano.—Seguramente él

querrá volar también, y en cuanto haya tomado asiento yo saldré por la ventana y lo dejaré caer en cualquier parte.

A la noche siguiente, todos los juguetes dieron vuelos por turno, recorriendo el área del establecimiento a bordo del aeroplano. Se divertieron en extremo. De pronto, el muñeco resorte saltó ante el negrito y le dió tal susto, que lo hizo caer en una palangana llena de agua, de manera que, por poco, se ahoga.

—Oye, tú, no te metas con nadie y ven a dar un vuelo—le dijo el aeroplano, aterrizando casi a su lado.

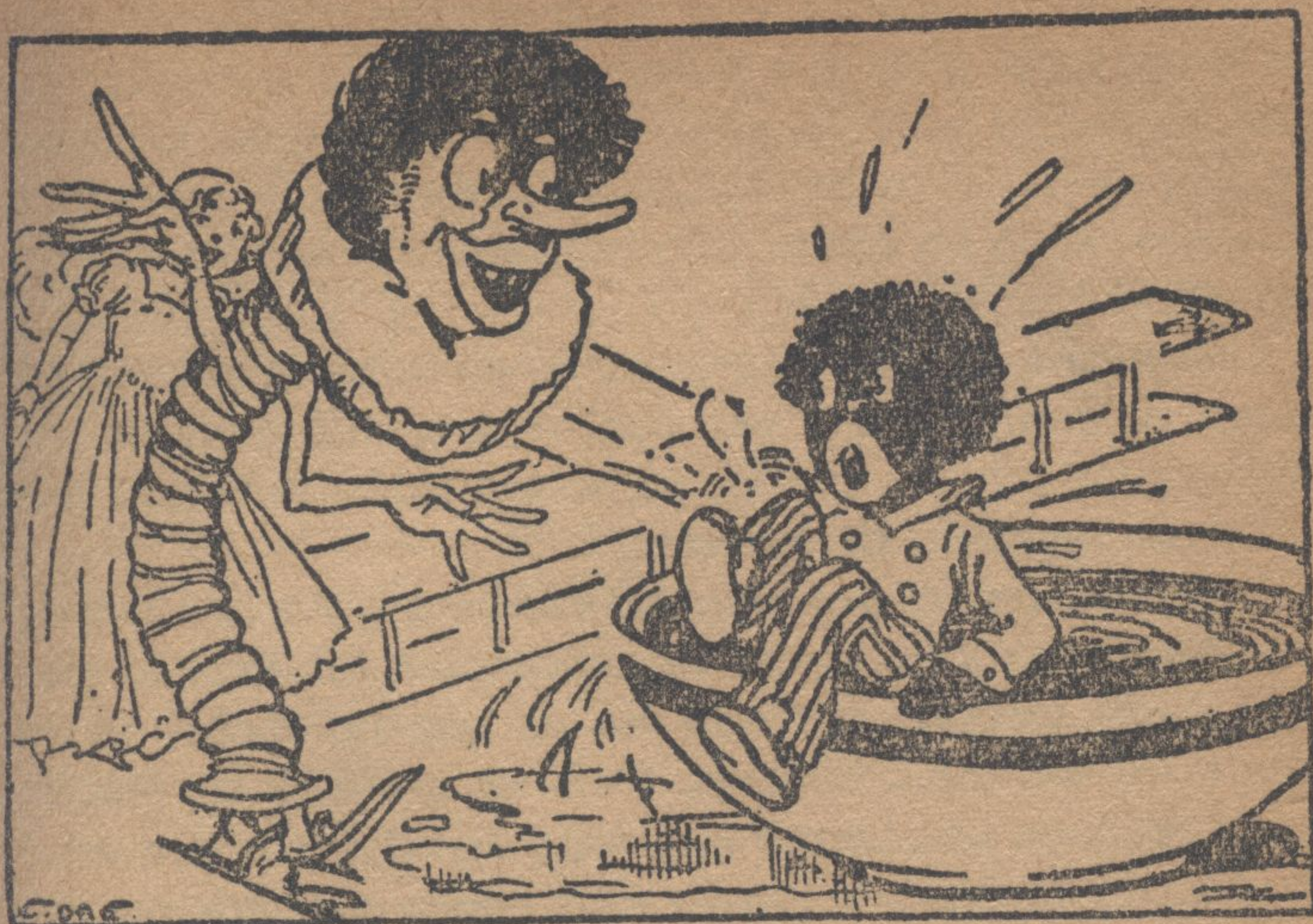
El muñeco se rodeó el cuello con su bufanda y subió al aparato, yendo a ocupar el asiento del piloto. El aeroplano se elevó y en el acto se encaminó a la ventana.

Todos los juguetes aplaudieron entusiasmados, al darse cuenta de que el muñeco de resorte era arrebatado por el aeroplano. Esperaron largo rato el regreso de éste, y en cuanto lo vieron aparecer, lo rodearon ansiosos de conocer lo ocurrido.

—¿Qué hiciste con él?—le preguntaron.

—¡Ah!—contestó el aeroplano.—No lo adivinaríais nunca. Cuando volábamos por encima de una casita, ricé el rizo y él, naturalmente, se cayó, yendo a parar a una chimenea. La casa pertenecía a una bruja, que estaba sentada en el fuego del hogar y al ver caer al muñeco de resorte dió un salto de espanto. Le gritó algunas palabras mágicas y en el acto lo convirtió en un ratón. Lo sé muy bien, porque estuve volando un rato alrededor de la casa y pude mirar por la ventana. Al ver lo que la vieja había hecho, aterricé, en espera de que el ratón saliese corriendo, asustado de la bruja. Saltó de nuevo al asiento del piloto y aquí lo he traído.

—¡Cómo! ¿Has traído a ese malvado muñeco?—exclamaron los juguetes aterrados.



EL MUÑECO DE RESORTE SALTÓ ANTE EL NEGRO

—¡Oh! Ahora no es más que un ratón y está asustadísimo. No hace más que temblar—contestó el aeroplano riéndose.—¡Miradlo!

Los juguetes miraron al asiento del piloto del aeroplano. Acurrucado en el rincón y tratando de ocultarse, vieron a un ratoncito tembloroso y asustado.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ahora ya sabe lo que es tener miedo—dijeron los juguetes.—Este sí que es un buen castigo para él.

El ratoncito fué sacado del aeroplano y en el acto echó a correr en busca de un rincón. Los juguetes le tuvieron lástima, mas no le hicieron ya ningún caso. Pero Zapitón, el gato del establecimiento, lo olfateó y a partir de aquel momento empezó a acecharlo escondido.

El pobre ratoncillo temía verse a cada momento, bajo las garras del gato y a duras penas podía conservar la vida. Entonces supo lo espantoso que era verse atacado de improviso y asustado, cuando menos se esperaba. ¡Cuánto deseó no haber sido tan malvado con los demás juguetes!

Una noche, el ratoncito se metió en su antigua caja, en busca de cobijo y una vez dentro se quedó dormido. Al despertarse ¡oh, maravilla! ya no era ratón, sino que volvía a ser muñeco de resorte.

Los juguetes lo sintieron en extremo y no dejaron de experimentar gran temor al presenciar tal transformación, pues estaban persuadidos de que no tardarían en sentir los antiguos temores. Pero el muñeco de resorte había recibido una buena lección, y en adelante se mostró cariñoso y amable, y nunca más volvió a saltar de improviso ante un juguete, para asustarlo.

—Os ruego que me perdonéis por mi pasada maldad—les dijo.—Permitidme que sea vuestro amigo.

Los juguetes le perdonaron y ahora son todos muy amigos. Pero el muñeco de resorte todavía salta para asustar cuando se acerca Zapitón. Este a su vez, da un salto de miedo, y entonces, el muñeco se ríe a carcajadas. No ha olvidado cómo le atemorizaba el gato cuando él se había transformado en ratón.

PITUSO Y EL GATO DE PORCELANA

Un día, en mitad del invierno, el elfo Pituso se asomó a la entrada del hueco del árbol en que durmiera aquella noche. El suelo estaba cubierto de nieve y la escarcha se esforzó en morderle. A Pituso no le gustó la cosa, porque la verdad era que tenía mucho frío.

—¡Oh!—exclamó frotándose las manos.—¡Cuánto me gustaría tener un traje más caliente! Este que llevo es de hojas de hiedra y aunque tiene aspecto de ser de abrigo, deja pasar el frío.

Precisamente en aquel momento, un petirrojo pasó a corta distancia con todas las plumas erizadas y Pituso lo miró con envidia.

—Si tuviese un hermoso traje de plumas, como el de ese petirrojo, estaría tan caliente como una tostada que acaban de sacar del fuego—se dijo el elfo.—¡Oye, petirrojo! ¿Podrías regalarme algunas plumas?

—¿Cuántas?—preguntó el pajarillo.

—Una veintena, más o menos.

—¡De ninguna manera!—contestó, indignado, el petirrojo.—Si diese veinte plumas a todos los tontos que me las pidiesen, no tardaría en morir helado.

—¡Malo!—le contestó Pituso haciéndole al mismo tiempo una fea mueca.

El día era cada vez más frío y Pituso se estremecía,

sintiendo que, por momentos, se encontraba más arrecido. Por fin se dijo, que como fuese, era preciso procurarse un traje de abrigo. Empezó a reflexionar y, de pronto, se le ocurrió una idea en extremo curiosa. Alegre por demás, salió del hueco del árbol y se encaminó, sin vacilar, a una tienda cercana.

Corría a cargo de un duendecillo, que solamente se dedicaba a la venta de objetos de porcelana, vajilla de todas clases, etc.

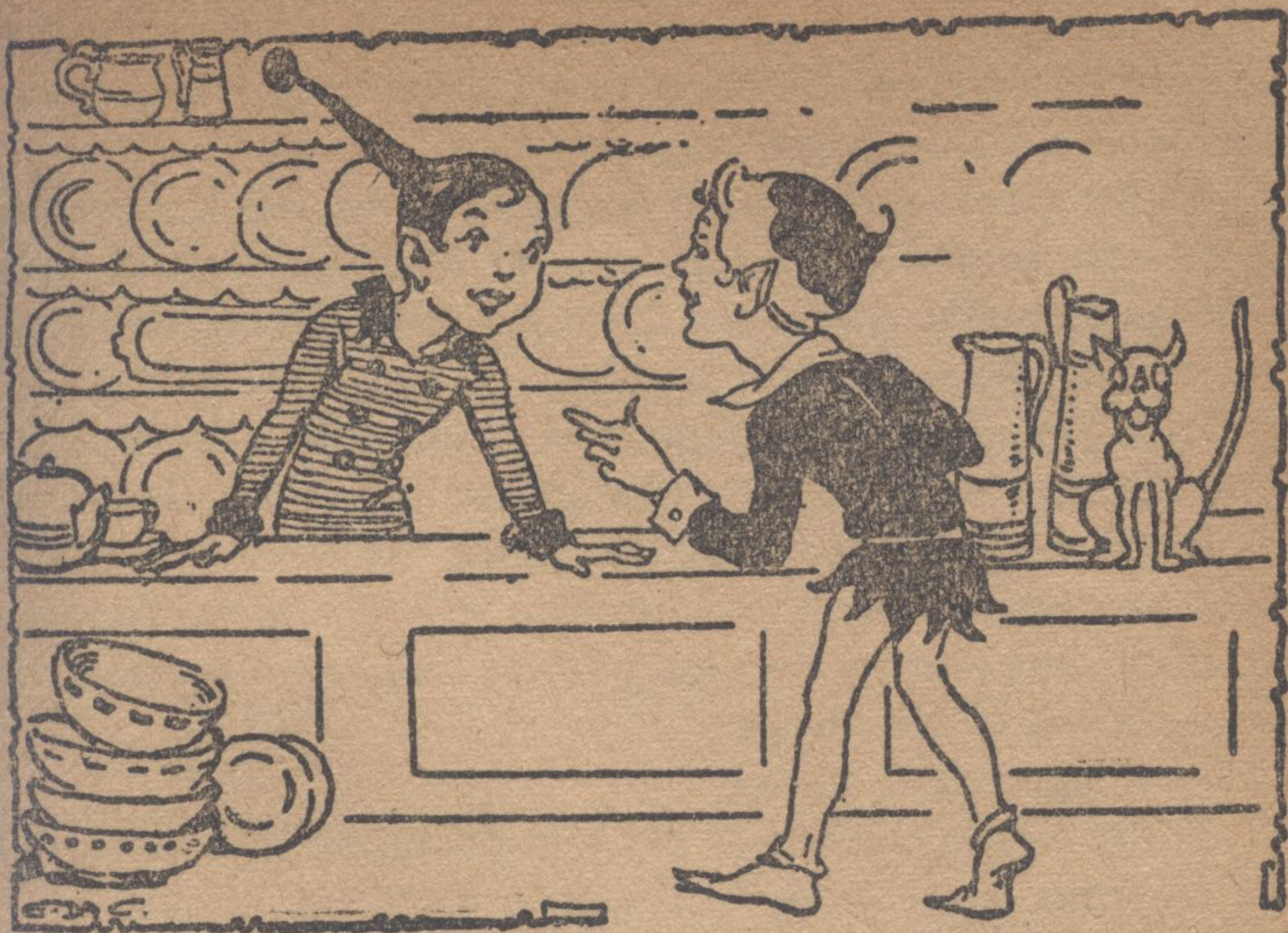
—¿Qué quiere usted?—preguntó el duendecillo a Pituso al verlo entrar.

—¿Tendría usted, por casualidad, un gato de porcelana que pudiera prestarme?—le preguntó Pituso.

El duendecillo tenía buen corazón, de manera que no vaciló en prestar a Pituso un enorme gato de porcelana. El elfo se dirigió a una fila de casas que conocía y, con el mayor cuidado, miró a su alrededor. No había nadie a la vista. No pudo descubrir ningún gato y tampoco pájaro alguno. Pituso se apresuró a poner el gato de porcelana sobre la hierba y luego empezó a cantar con toda la fuerza de sus pulmones. En su canción figuraban palabras muy curiosos, de manera que, en breve, los gorriones, petirrojos, estorninos, tordos, mirlos, golondrinas y pinzones acudieron volando para averiguar qué pasaba.

Entonces Pituso les contó una mentira muy grande.

—¿No os acordáis de aquel enorme gato blanco, que tenía la mala costumbre de comerse a vuestros pequeños en primavera?—preguntó.—Pues bien, aquí está. Yo soy un elfo maravilloso, que conozco la manera de transformar los gatos vivos en gatos de porcelana mediante un poderoso encantamiento. Y he transformado a éste que veis, de manera que ya nunca más podrá robaros los nidos.



—¿QUÉ QUIERE USTED?—PREGUNTÓ

Naturalmente, eso les pareció maravilloso a los pájaros. Todos empezaron a hablar a grito pelado y los estorninos se distinguieron entre todos por lo escandalosos.

Luego, cada uno de ellos empezó a acusar a un gato determinado de haber devorado a algún pariente o amigo y rogaron al elfo que los convirtiese en porcelana.

—¡Qué lástima que no podamos ver convertidos en porcelana a esos enemigos!—suspiró el pinzón.—¿No podrías hacer algo en nuestro favor, querido elfo?

—Creo que sí. Lo intentaremos—contestó Pituso.—Es muy fácil. Pero, antes, es preciso pagarme.

—Como no tenemos dinero no nos es posible recompensar tus esfuerzos—contestó el pinzón.

—No necesito dinero—repuso el elfo.—Si queréis, pagadme en plumas. Si cada uno de vosotros me da una pluma, me consideraré pagado.

Ya se comprende que a los pájaros no les importaba nada esa condición. Cada uno de ellos se arrancó una blanda pluma y la entregó a Pituso. Este las recogió muy satisfecho y les dió las gracias.

En aquel momento empezó a nevar y el elfo les dijo que habrían de esperar a la mañana siguiente. Todos se alejaron al vuelo y Pituso encontró un lugar abrigado, bajo una mata de lirios. Sentóse allí en compañía del gato de porcelana y con las plumas empezó a prepararse una chaqueta de abrigo.

¡Qué agradable sería!

El elfo pasó ocupado el día y la noche en la confección de su traje de plumas. Al llegar la mañana, el sol invernal trató de asomarse por una abertura de las negras nubes y entonces el elfo se puso su nuevo traje y empezó a bailar muy satisfecho.

—¡Cuánto abriga!—exclamó.— ¡Qué suerte tengo! ¡Qué tontos han sido esos pájaros al dar crédito a mi cuento del gato de porcelana! Ahora conviene que me aleje de este jardín, para que no vengan a reconvenirme por mi mentira.

Se puso el gato de porcelana bajo el brazo y abandonó el cobijo de la mata de lirios. Pero cuando andaba por encima de la hierba cubierta de nieve, ocurrió algo desagradable. Lo descubrió un gran gato negro y, a causa de su traje de plumas, se figuró que sería un pájaro. En un abrir y cerrar de ojos saltó sobre él y el pobre Pituso se vió tendido de espaldas en la nieve. Se echó a gritar y todos los pájaros de las cercanías acudieron volando, para ver quién era la víctima.

—Es el elfo que ayer se jactaba de poder transformar



PITUSO SENTÓSE AL LADO DEL GATO

los gatos en figuras de porcelana. Vamos a ver si transformas a ése. Así te librarás de sus garras.

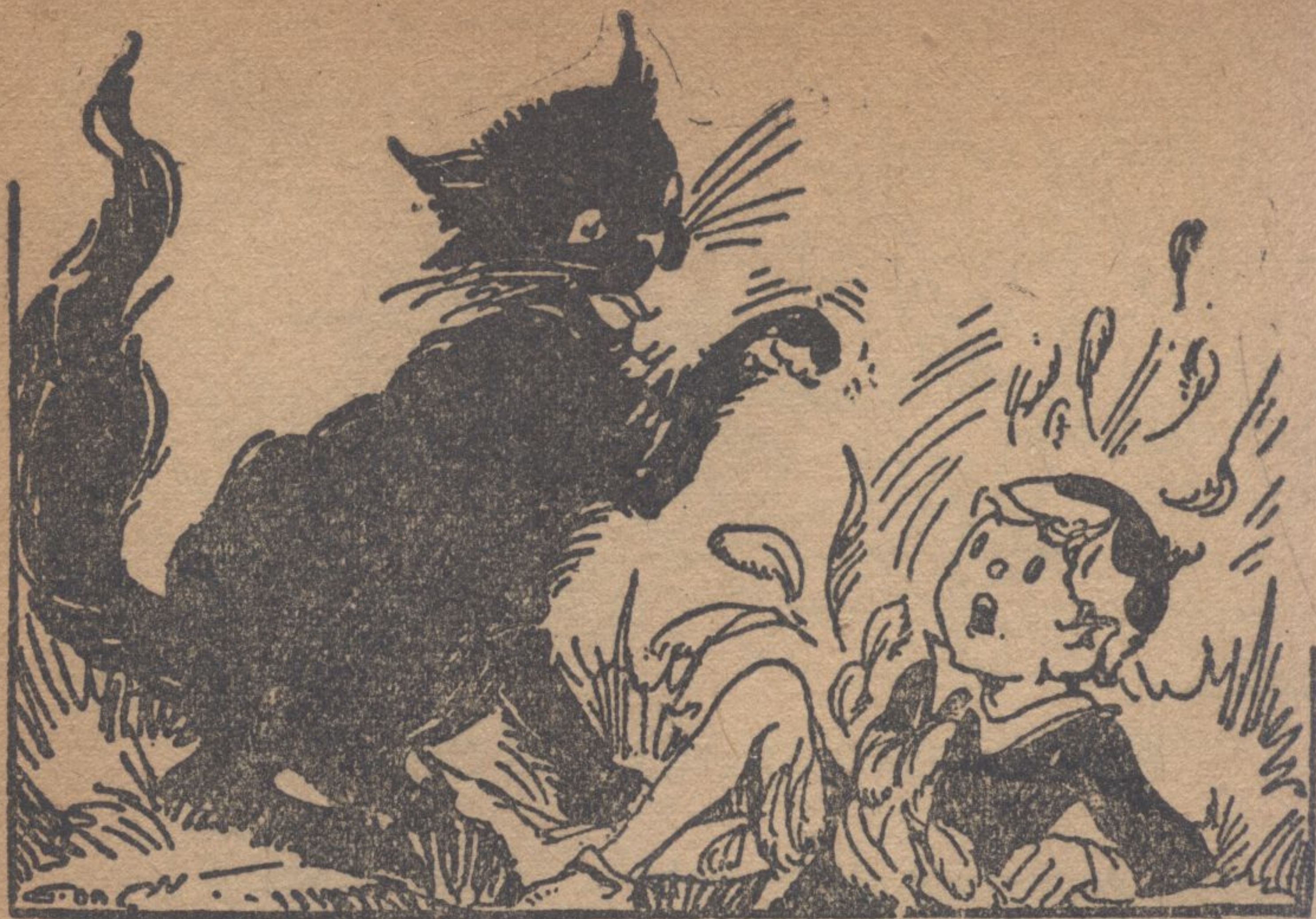
—¡Oh, asustadlo en vuestras alas!—exclamó Pituso. —Mentí, porque no puedo transformar a los gatos en figuras de porcelana. Hice muy mal. Pero perdonadme y asustad al gato.

Mas los pájaros no estaban dispuestos a eso a causa del enojo que les produjo ver que el elfo les había engañado. Por consiguiente, se alejaron volando y abandonaron al elfo en poder del gato.

—¿De modo que eres capaz de transformar a los gatos en figuras de porcelana?—preguntó irónicamente el gato negro.—Pues ahora te enseñaré a contar mentiras como ésa.

Con agudas garras destrozó el nuevo traje de Pituso y se comió todas las plumas. Luego arañó al elfo en las manos y le quitó los zapatos. Hecho eso, rompió el gato de porcelana y se marchó riéndose.

—Nunca más volveré a hacer una cosa así—exclamó Pituso.—¿Por qué habré sido tan malo? Ahora el duen-



DESTROZÓ EL NUEVO TRAJE DE PITUSO

decillo me hará pagar el gato roto y no tengo ni un cuarto. También carezco de traje y de zapatos.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja—exclamaron los pájaros a su alrededor.—Lo tienes muy merecido, estúpido elfo. Y ahora abandona cuanto antes este jardín, si no quieres ser víctima de nuestros picotazos.

Pituso no tuvo más remedio que alejarse, no sin antes haber recogido los fragmentos del gato de porcelana. El duendecillo de la tienda, para cobrarse el valor de la figura, obligó a Pituso a ocuparse en trabajos muy pesados... y, de pronto, el elfo observó que ya no tenía frío.

—¡Ah, el trabajo duro es el mejor abrigo que se conoce! Eso te quitará el frío.

Y, en efecto, así fué



Gran Novedad

CUENTOS

ILUSTRACION - SORPRESA

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo. Es el libro de cuentos convertido en juguete.



Títulos en existencia

**EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO
LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO**

Precio de cada volumen: \$ 6.—

**EL GALLITO DEL LUGAR
POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES**

Precio de cada tomo: \$ 2.30

GOROSTIAGA 1650



BUENOS AIRES